

## CIRCO, MAROMA Y TEATRO

Ángeles González Gamio\*

Diversas manifestaciones del arte se expresan en el circo; quizá por ello ha ejercido fascinación a lo largo de los siglos. Es un espectáculo que comparan todas las generaciones. El delicioso cronista José María Álvarez, en su extraordinario libro *Añoranzas*, nos platica el nacimiento de ese espectáculo y su impacto en la ciudad de México, particularmente del afamado Circo Orrín, que inmortalizó al payaso Bell.

Nos dice el culto cronista que el primer circo —tal como lo conocemos en la actualidad— lo instaló en París, en el siglo xviii, un inglés apellidado Beates, propietario de caballos que daba funciones hípias a semejanza de los antiguos romanos. Otro británico, *mister* Astiey, agregó ejercicios de acrobacia, juegos malabares y un payaso. El éxito de ambas compañías pronto fue copiado por empresarios que daban espectáculos públicos con alguna gracia espe-

cífica; podían ser animales amaestrados, magos, músicos, etcétera, pero el circo tenía la magia de conjuntarlos, siendo la imaginación y la oferta de personas con habilidades especiales el límite, pues todo cabe en el circo.

En la ciudad de México se tienen antecedentes desde 1831, año en que se presentó el de Green en el teatro de Los Gallos, y se sabe que a mediados del siglo actuaba otro en el teatro Coliseo. A estas primitivas compañías se les llamaba de volantineros o maromeros; anunciaban las funciones por medio de desfiles callejeros, encabezados por el payaso que invitaba al público cantando simpáticas coplillas:

señores muy buenas tardes,  
la función va a comenzar;  
y yo con unas coplitas  
que les voy a dedicar.

Dele al bombo, maestro, al  
Cémbalo, porque yo quiero bailar.

El primer payaso mexicano que hizo fama fue *Chale* Aycardo, quien llegó a tener su propio circo en 1847, bautizado como Circo Olímpico, ubicado en la calle del Reloj número 4. Veinte años más tarde causó revuelo la llegada del Circo Europeo de Chiarini, que se instaló ni más ni menos que en el hermoso claustro del convento de San Francisco, que aún existe en la calle de Gante, ahora convertido en templo metodista. En este circo apareció Jack Bell, padre del payaso Ricardo Bell, quien habría de convertirse en ídolo del público a lo largo de medio siglo.

Inició su exitosa carrera en el Circo Orrin, que estuvo un tiempo en la plaza de Seminario en unas precarias instalaciones que el popular cronista *Juvenal* describe así en el diario *El Monitor*: "No puede estar construido de una manera más provisional; una gran tienda de campaña remendada; un esqueleto de gradas, tres filas de sillas y el círculo central donde se presentan los caballos y payasos y en donde lucen sus robús-

tas formas los acróbatas. El alumbrado se limita a dos grandes lámparas de gasolina, que sí iluminan perfectamente el redondel, dejan a oscuras todo lo demás, de manera que la concurrencia no luce, ni se sabe quién está allí. Loawn-de en el caballo hace prodigios; los hermanos Carlo tocan el violín en medio de dos saltos y piruetas; Friedericks ejecuta notables equilibrios; otro individuo a quien llaman 'demonio' come tizonos ardiendo, traga plomo derretido y se introduce en la boca un hierro calentado al rojo vivo; tres graciosas cirqueras hacen diversos ejercicios en los caballos y otra llama la atención en el trapecio".

El profesionalismo de la familia Orrin la llevó a tener enorme éxito, lo que le permitió instalarse de manera definitiva en la plaza Villamil, en un elegante edificio construido *ex profeso* por el arquitecto francés *monsieur* Del-pierre. El cronista Álvarez describe así la visita: "Desde el exterior del circo se atisbaba hacia el esplendente interior iluminado como ascua de oro; se llegaba a las localidades bajas sobre una alfombra aladinesca tendida desde la entrada [...] Por la noche los cohetes

héndian el espacio, se quemaban vistosos castillos y ascendían por el aire infinidad de globos aerostáticos [...] Mientras el público se instalaba en las localidades una orquesta de músicos uniformados lanzaba al viento las alegres notas de alguna marcha en boga y el popular enano apodado *Pirrimplin* entretenía a la concurrencia con sus gracejadas\*.

Este fue el escenario en donde se hizo famoso Ricardo Bell, que por las descripciones de los viejos cronistas era un personaje notable, que iba mucho más allá de lo que usualmente son los payasos. A pesar de haber nacido en Inglaterra, desde niño que llegó a México se compenetró con la idiosincrasia del capitalino y desarrolló con gran ingenio el chiste político y era un gran imitador, además de contar con un talento musical sobresaliente que le permitía tocar con gran habilidad muchos instrumentos; nos dice don José María: "Tocaba maravillosamente el violín aun permaneciendo en absurdas posturas: acostado o parado de cabeza; el xilófono y el

botellófono le eran familiares y en ellos reproducía toda la gama musical y tocaba igualmente la ocarina y aquella su típica y original cafetera en que nos hacía escuchar las melodías de moda haciendo mil visajes".

Es impresionante conocer todos los animales que participaban en el espectáculo, en esos tiempos en que no había ligas defensoras de los animales: focas, búfalos, llamas, osos grises y polares, elefantes, lagartos, avestruces, orangutanes, perros, toda clase de equinos que incluían percherones y ponis, dromedarios, panteras, leones y tigres; de estos últimos nos platican las crónicas que en más de una ocasión se merendaron al domador a la vista del horrorizado público. *Miss Fajarduss*, que exhibía cacatúas y palomas amaestradas "luciendo su gracia y sus formas esculturales", competía con la italiana *Mantollini* y con la francesa *mademoiselle Emilienne D'Alenzon*, quienes no cantaban mal las rancheras.

\* *Historiadora, es secretaria general del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México*